



**CRÓNICA
DE
CÓRDOBA
Y
SUS
PUEBLOS
V**

**ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA**

Córdoba, 1998

**CRÓNICA DE CÓRDOBA
Y SUS PUEBLOS
V**

COORDINADOR DE LA OBRA: JOAQUÍN CRIADO COSTA

ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA

Córdoba, 1998

Inprime:

Imprenta Provincial de Córdoba
Avda. del Mediterráneo, s/n.

I.S.B.N.:

84-8154-895-2

Dep. Legal:

CO-163-2000

JOSÉ PORCUNA LOZANO EN EL 40 ANIVERSARIO DE SU MUERTE

JOSÉ LUCENA LLAMAS

La ponencia de este Cronista versa sobre un hombre sencillo, humano, afable, bondadoso y caritativo. Un hombre no más ilustrado de lo que su profesión le exigía. Un hombre al que no se le conoce obra escrita, que no ha legado fundación ni bienes, pero que se le recuerda todavía 40 años después de su muerte por su bondad, por su dedicación y entrega a los demás, por su labor pastoral, por su agudeza de ingenio, por su trato afable, por su “buena pata” como afirma Pedro Calleja, por el Sermón del Paso que todos los años predicaba, por su amor a la Semana Santa montoreña.

Así pues, hemos elegido a este singular personaje como tema de esta comunicación, no por su relevancia cultural, política o económica, sino como tributo y homenaje personal a un baenense que llegó a Montoro en 1909, cuando sólo contaba 24 años, y dedicó cerca de 50 años a sus feligreses montoreños. Porque el padre Porcuna amó tanto a Montoro que, cuando, a los 72 años de edad en diciembre del 56, es llamado por el Eterno Hacedor al encuentro definitivo y trascendente, prefirió quedarse en Montoro para siempre: sus restos esperan la resurrección del último día en uno de los nichos del primer patio del campo santo montoreño y no en el panteón que posee la familia en su pueblo natal. Porque sus feligreses estimaban tanto su peculiar estilo que en varias ocasiones se personaron en Córdoba para evitar el anunciado traslado del bueno de don José.

Biografía

En la copia de la partida de bautismo que se halla en el expediente académico del Seminario¹ y en el certificado de nacimiento² consta que el niño José M^a Lucas

¹ Archivo del Seminario de San Pelagio. **Expedientes académicos, años 1909-1915**. Los datos correspondientes a su curriculum académico proceden de esta fuente.

² Registro Civil de Baena. **Certificado de nacimiento** n° 451, E 141

nace a las once de la noche de un 26 de noviembre de 1884 en la casa número 63 de la calle Nueva de Baena. Sus padres, Antonio y Dolores; abuelos paternos, José Porcuna y Dolores Trujillo; los maternos, Vicente Lozano y M^a Dolores Romero. Padres y abuelos eran naturales de Baena. Los paternos eran vecinos de dicha ciudad, los maternos habían fallecido. Tuvo dos hermanas: Dolores y Josefa.

José Porcuna estudia las primeras letras en Baena y Bachillerato en el Instituto de Cabra en el que aprueba los exámenes de Ingreso el 21 de setiembre de 1894, siendo el Director del Centro Ezequiel Fernández y su Secretario Emilio Chacel del Río. Durante sus años de estudiante en Porcuna se comporta como un estudiante normal que supera los exámenes con Aprobado y algún que otro Notable en Geografía e Historia.

Porcuna inicia sus estudios eclesiásticos en el Seminario de San Pelagio de Córdoba en 1900, cuando contaba dieciséis años de edad y ya había aprobado el Bachillerato. Es, pues, un seminarista de vocación tardía. Posiblemente la muerte de su madre influyó en su decisión³. Un primo suyo Manuel Tienda Trujillo fue compañero de Seminario, pero no llegó a ordenarse sacerdote porque murió muy joven a consecuencia de una lesión en la rodilla que derivó en una enfermedad maligna. Tras aprobar dos años de Humanidades, empieza los estudios de Teología en 1902 y los acaba en 1907. Todas las asignaturas de la carrera las aprueba con la calificación de BENEMERITUS. Es ordenado subdiácono el 25 de noviembre de 1907 y sacerdote el 27 de marzo de 1909 después de cursar un año de Derecho Canónico.

Su primer destino es la Parroquia de Santa María la Mayor de Baena. En esta ciudad permanece sólo dos meses, ya que en sesión de 26 de abril de 1909 el Pleno del Ayuntamiento de Montoro acuerda nombrarlo capellán del Hospital Jesús Nazareno, cuyo Patronato estaba presidido por el Alcalde. Tres días después le es comunicada la propuesta de nombramiento al Obispo. Éste no la acepta porque el recién ordenado carece aún de licencia para confesar y predicar. El Alcalde en escrito de 5 de mayo insiste al Obispo en su propuesta, basándose en que en el pueblo hay sacerdotes que se ofrecen para sustituir a Porcuna en confesiones y prédicas hasta que consigan las licencias pertinentes⁴.

Antonio Rodríguez cura ecónomo de San Bartolomé, en escrito de 7 de mayo de 1909 dirigido al Obispo, se ofrece para ayudar en su ministerio al joven Porcuna hasta que éste obtenga las correspondientes habilitaciones. El Obispo acepta su ofrecimiento y permite que el Patronato de Jesús Nazareno ejecute su acuerdo de 26 de abril. El 14 de mayo Pedro Medina, por aquel entonces Alcalde de Montoro y Presidente del Patronato, envía un oficio a Porcuna comunicándole su nombramiento como Capellán del Hospital de Nuestro Padre Jesús Nazareno con un haber anual de 1.375 pesetas, con cargo al presupuesto del citado establecimiento.

³ Según consta en su solicitud de ingreso al Seminario de San Pelagio (29 de septiembre de 1900) como alumno interno su madre era difunta, Pedro Luque Cano y Anastasio Gómez Muñoz, entre ellos.

⁴ Todos los datos referentes a nombramientos y posesiones están sacados de su Expediente personal, Archivo General del Obispado (de Córdoba).

Cinco días después, el Padre Porcuna solicita al Obispo el título correspondiente. Tras serle expedido el día el 22, toma posesión el 1 de junio. Desde este día reside don José en Montoro. Vino acompañado de sus dos hermanas: Josefa y Dolores.

El 14 de diciembre del 14 es nombrado Capellán del Cementerio por renuncia de José de Lara y Coca que lo era desde el 28 de agosto de 1902. Un día después, el Obispo le expide el correspondiente título. Seis años después es nombrado Coadjutor de la Parroquial de San Bartolomé⁵. Desde su toma de posesión como Coadjutor, simultaneó las tareas propias de Coadjutor con las de Capellán del Hospital y del Cementerio hasta el comienzo de la Guerra Civil⁶.

El Padre Porcuna, al igual que el resto de religiosos y sacerdotes pertenecientes al clero secular o regular, vivió unos delicados momentos en los que Dios puso a prueba su fe. Pero, he aquí el milagro: mientras que sus compañeros fueron detenidos, ultrajados y, finalmente, desposeídos del don más preciado del hombre; don José, aunque encarcelado por su condición de sacerdote, fue respetado y sobrevivió a los difíciles envites de una masa enfurecida por las diferencias abusivas que una injusta estructura económica y social había provocado. Pese al repudio y el encono que en aquellos momentos enfrentaban a dos bandos irreconciliables y antagónicos, su sencillez, su bondad, su bien hacer, su trato afable, su gracia, “su buena pata”, sus más de veintisiete años dedicados a su labor pastoral en Montoro y el cariño que el pueblo le profesaba fueron suficiente aval para que el grupo de individuos pertenecientes a una facción que consideraba a la Iglesia y a sus representantes enemigos y defensores de unos ideales contrarios a los suyos decidiera que don José debiera continuar viviendo: hombres, como él pueden hacer el bien independientemente del bando al que estén adscritos, ya que los hombres como don José practican la justicia y el amor a los demás, principios que no son privativos de ningún grupo humano, sino que pertenecen a toda la sociedad.

El Padre Porcuna, al igual que otras personas, fue obligado a trabajar para ganarse el pan. Nos cuenta el montoreño Rafael Madueño Canales -actualmente Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba - que los trabajadores recibían cinco pesetas por día trabajado. Madueño, cuando se inició la Guerra Civil, acababa de ser ordenado Diácono y pasaba sus vacaciones en Montoro.

El Padre Porcuna estuvo trabajando en el cementerio, en el camino de Capilla, en las cuevas del Retamar..., luego recluido en la cárcel montoreña de la calle Molino. Aquí permaneció hasta que se produjo la evacuación del personal civil⁷, cuando ya era inminente la toma de Montoro por las tropas de Franco. Don José fue trasladado junto a otros montoreños a la prisión de Jaén. También allí salvó su vida, no así algunos de sus compañeros. Sin embargo, según nos cuenta su sobrina

⁵ Toma posesión el 6 de noviembre de 1920.

⁶ Según testimonio de Rafael Madueño Canales, actualmente Canónigo de la Iglesia Catedral de Córdoba, a la muerte de Leonor Benítez fue nombrado Pedro Luque Cano Capellán del Hospital y administrador de la fundación. En el expediente de don José no hay instancia de ello.

⁷ La evacuación se produjo del 19 al 22 de diciembre del 36.

Antoñita⁸, corrió el rumor de que había muerto. Su tío, después de ser liberado, le contó que había pasado mucho miedo porque los allí apresados temían lo peor. Compartió celda durante su cautiverio con un sacerdote y un joven de 17 años. Éstos cuando fueron liberados, al oír los pasos de los carceleros y el chirriar de los cerrojos, creyeron que había llegado su última hora y comenzaron a rezar. En el verano del 37, según testimonio de Miguel Rojas, fue liberado por su padre que había sido nombrado Secretario del Gobierno de Ciudad Real. Y volvió a casa de los Rojas junto a varias monjas del Hospital de Jesús de Montoro y de Félix Vacas.

Al acabar la Guerra, regresa a Montoro, descansa unos días y marcha a Baena acompañado de sus sobrinas Anita y Antoñita para visitar a su familia. En Baena permanece sólo unos días, pues sabe que sus feligreses montoreños lo esperan. De vuelta a Montoro, inicia su labor como Coadjutor de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, sustituyendo a Angel Antonio Alacid Caballero, Coadjutor de la misma al comienzo de la guerra que salvara la vida al igual que Antonio Ramírez Párroco de S. Bartolomé y Antonio Moreno que se marcharon del pueblo antes de que entraran los que a la postre perderían la contienda. Prueba de que don José se reincorporó pronto a su nuevo destino es que el 11 de mayo celebra su primer bautizo⁹ y a principio de junio su primera boda¹⁰.

En esta parroquia continúa como Coadjutor hasta que le sobrevino la muerte un 19 de diciembre del año 56, a las cinco de la mañana consecuencia de un carcinoma pulmonar. El óbito se produjo en la casa de la calle Salazar donde vivía desde hacía unos años. Dicha casa es la que donara Leonor Benítez para vivienda del capellán del Hospital de Jesús Nazareno.

El entierro fue una ingente manifestación de dolor y un evidente testimonio de amor y afecto hacia su persona. No en vano, el estilo y talante de don José se había granjeado el cariño y respeto de todos. Unos lo admiraban por su carácter afable y por su simpatía. Otros porque en reiteradas ocasiones habían sido socorridos por su mano generosa. Otros habían sido casados o bautizados o enterrado algún familiar sin haber recibido a cambio. Otros porque don José supo perdonar: en la postguerra jamás acusó a nadie y de una manera ejemplar socorrió, según sus posibilidades económicas, a todos los que acudieron a él. Si tenemos en cuenta lo anterior es fácilmente explicable que el entierro fuera un gran fenómeno de masas en el que tomó parte todo el pueblo. Se organizó al estilo y usanza de la época: féretro descubierto, cáliz entre las manos, portado a hombros, cortejado por todos los eclesiásticos con destino en el pueblo vestidos con casulla y alba, y por multitud de fieles. La conducción del cadáver fue una ingente manifestación de dolor autoridades, hombres, mujeres y niños acudieron a dar su último adiós a don José. Los niños corriendo delante y observando

⁸ Antoñita es hija de Antonia Tienda Trujillo, prima segunda de don José. Ella y sus hermanas cuidaron a su tío por temporadas.

⁹ El 11 de mayo del 39 bautiza a Francisco Antonio Benítez García, nacido en Cardeña el 18 de octubre del 38. A(rchivo) P(arroquial) N(tra.) S(ra.) del C(armen). **Libro de Bautismos 16**, f 205)

¹⁰ El 2 de junio del 39 con la autorización del cura párroco Antonio Jiménez Márquez de la Iglesia del Carmen, casa a Joaquín González Galán y Ana Arroyo Olaya (**Libro de Matrimonios 6**, f 4r)

el cortejo fúnebre desde poyatos, ventanas y balcones; los mayores portando el féretro por turnos o acompañando y rezando durante todo el trayecto.

Aunque el funeral se celebró en el Carmen, los organizadores quisieron que su último viaje lo realizara por las calles que tantas veces lo vieron pasar. La apesadumbrada comitiva bajó por la calle Alta, se detuvo ante la Parroquia de San Bartolomé continuó por la Corredera hasta el templo. La ceremonia se celebró con la solemnidad y boato correspondiente a un ministro del Señor. Tras la función religiosa, fue portado a hombros hasta el cementerio donde es inhumado al día siguiente de su muerte en un nicho del frontal izquierdo del primer patio. Por encima de su tumba reposan los restos de Trinidad Carvallido de Osuna, madre del padre José, carmelita actualmente en proceso de beatificación.

Todos los gastos originados “por dicha muerte” fueron costeados por el Ayuntamiento de Montoro¹¹ que siete días antes de su muerte lo había nombrado “Hijo Adoptivo”¹².

Labor pastoral

Como ya hemos indicado en su biografía, el padre Porcuna llegó a Montoro a los dos meses de ser ordenado sacerdote un uno de junio de 1909. Durante cinco años estuvo dedicado por completo a sus enfermos del Hospital y a la celebración de algunas ceremonias religiosas en la Parroquia de San Bartolomé. A finales de 1914 fue nombrado Capellán del Cementerio y seis años después Coadjutor de San Bartolomé. Desde entonces hasta el comienzo de la Guerra Civil simultaneó estos tres cargos.

Después de la Guerra continuó como Capellán del Hospital y del Cementerio, pero cambió de Parroquia ya que fue nombrado Coadjutor de la de Nuestra Señora del Carmen. Precisamente, siendo Coadjutor del Carmen, enfermó y entregó su alma a Dios.

Por lo tanto, el Padre Porcuna entregó toda su vida a Montoro. Sólo faltó del pueblo unos dos meses que estuvo adscrito a la Parroquia de Santa María la Mayor de Baena y el tiempo de exilio obligado, al igual que tantos montoreños, durante la guerra.

El primer bautizo en Montoro lo celebra siendo Capellán del Hospital de Jesús, con licencia de Antonio Rodríguez del Pino, Párroco de San Bartolomé, un 13 de julio de 1909. Bautiza a la niña Antonia Ortiz nacida la mañana del 22 de junio anterior, hija de Ramón y Juana, que vivían en la calle Coracha¹³. En esta calle, según D. Pedro Zurita Centella actual Párroco de San Bartolomé, vivió don José cuando llegó a Montoro. Aquí residió hasta que se trasladó a la calle de las Morenas.

La última ceremonia que ofició fue estando ya próxima su muerte: bautizó a la niña María Rodríguez Veredas. Unos días antes había casado a Francisco González Arroyo y a María Dolores Aguilar Pérez, siendo éste el último matrimonio que celebró¹⁴.

¹¹ A(rchivo) M(uniciPal) de M(ontoro), Actas capitulares, sesión 28-03-57.

¹² Ibím, sesión 12-12-56.

¹³ A(rchivo) P(arroquial) de S(an) B(artolomé), Libro de Bautismos 1908-1911, F 91 v).

¹⁴ El último matrimonio fue el 4-10-56 (A.P.N.S.C., libro7,f 46 v). El último bautizo el 31-oct-56 (A.P.N.S.C., libro, 21, E 70 v.).

El padre Porcuna aunque siempre rechazó cualquier cargo honorífico, ejerció como párroco en funciones y conoció el intrincado mundo de la burocracia. Como botones de muestra sirvan tres escritos dirigidos a sus superiores y uno al Ayuntamiento de Montoro.

El 10 de julio del 34 se dirige al Secretario de Cámara y Gobierno del Obispado de Córdoba comunicándole que el Párroco de San Bartolomé, Antonio Ramírez Linares, se había ausentado de la Parroquia desde el día nueve, quedando él encargado de la misma. En forma parecida se dirigió el 7 de agosto del 56 al mismo estamento haciéndole saber que se hacía cargo de la Parroquia por haberse ausentado Pedro Muñoz su titular. En escrito de 30 de marzo del 44 comunica al obispo que el titular de la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, Antonio Jiménez Márquez, había fallecido en Madrid¹⁵. En marzo del 55 solicita al Ayuntamiento el abono de unos atrasos que dicha entidad local adeudaba al padre Porcuna y a otros funcionarios municipales. Su petición fue desestimada en sesión de 12 de julio, por lo presenta recurso de reposición que se resuelve favorablemente en sesión de 2 de septiembre del mismo año 55, acordándose darle lo adeudado¹⁶.

Uno de los aspectos más relevantes del Padre Porcuna es su amor a la Semana Santa de Montoro. El espíritu cofradiero había calado tan hondo en él que todos los años era elegido por las Cofradías para que pronunciara el Sermón del Paso. Su estilo y expresiones son recordados aún hoy día, forman parte del sustrato lingüístico semanasantero popular y es citado por hermanos y cofrades .

Juan García de la Coba, vecino de don José que era un niño de corta edad cuando murió, en el III Pregón del Santísimo Cristo de la Flagelación, identifica el impresionante fervor de cofrades y de fieles en general que participan en el desfile procesional de la tarde del Jueves Santo con «... el **jervor** como diría nuestro ínclito Padre Porcuna»¹⁷.

El mismo pregonero dos años después en el Pregón de Semana Santa del 94, al referirse a la solemnidad y sentido cristiano del Jueves Santo, recuerda: “... ya lo dijo ingeniosamente el Padre Porcuna, por eso, mis palabras suenan a tópicos mil veces repetidos”¹⁸.

Exámenes Sinodales en los que participa

Según consta en su expediente personal, tomó parte en los exámenes Sinodales organizados por el Obispado para actualizar y perfeccionar la formación académica y humana de los ordenados “in sacris” con dedicación pastoral. Dichos exámenes, aunque eran obligatorios, había que solicitarlos y para ser admitido era pre-

¹⁵ Los escritos se encuentran en su *Expediente Personal*.

¹⁶ AMM. *Actas capitulares*.

¹⁷ García de la Coba, Juan. *III Pregón del Santísimo Cristo de la Flagelación*, Montoro, 1994 (inédito).

¹⁸ García de la Coba, Juan. *Pregón de la Semana Santa de Montoro de 1994*, Montoro 1996, P.

ceptivo un informe del párroco sobre las costumbres, grado de cumplimiento de los deberes pastorales y celo apostólico del examinando. Hay constancia de que asistió y obtuvo resultados satisfactorios a los celebrados en mayo de 1909, abril de 1910, mayo de 1912, mayo de 1914, noviembre de 1917, mayo de 1920, mayo de 1925 y mayo del 34.

El 29 de setiembre, siendo capellán del hospital, solicita ser admitido a examen sinodal para prorrogar licencia y obtener autorización para confesar y predicar. Se le dispensa del examen sinodal y se le concede licencia para un año.

Vacaciones y permisos

Durante su estancia en Montoro se ausentó en contadas ocasiones y siempre que lo hizo fue por algún motivo ineludible o para disfrutar de un merecido descanso en los días de verano que aprovecharía para visitar a su familia y su pueblo natal. En el ya citado expediente hay constancia de que gozó de los siguientes permisos:

El 23 de julio de 1915 solicita permiso para solucionar unos asuntos familiares en Baena, lo sustituye el coadjutor de San Bartolomé, Francisco Alarcón Ruiz. Comienza el permiso el 8 agosto y lo finaliza el 28 del mismo mes.

En junio de 1916 obtiene licencia de 10 días para ir a la primera misa de su primo Lucas de los Ríos Trujillo, quien fuera párroco de Baena. Durante su ausencia lo sustituye Ángel Onieva.

En agosto de 1918 dispone de 15 días para ausentarse a Baena, le sustituye Guillermo Moreno Romero, cura de la ciudad, lo comienza el 23 de agosto.

En setiembre de 1919 pide ocho días, lo suple Gabriel Capilla Cáceres.

En agosto de 1921 solicita un mes para ir a Baena a resolver asuntos familiares.

En el verano del 22 disfruta de un mes de vacaciones, de 31 agosto al 30 de setiembre.

También en el 27 obtiene un permiso para ausentarse de Montoro durante un mes, del 15 de setiembre al 14 de octubre.

Estas son las últimas vacaciones que disfruta don José. En su expediente sólo consta un permiso de 5 ó 6 días que solicitó en junio del 54, siendo ya un anciano, para asistir a la boda de un familiar suyo en Baena. Era párroco del Carmen Ángel Montoliú.

Testimonios

En la biografía de un personaje como don José que no ha dejado obra escrita ni existe constancia en los archivos de ningún mérito especial, sólo nos queda el testimonio de personas que lo conocieron y compartieron con él luces y sombras, y los informes que sus superiores remitían al Obispado.

En primer lugar expondré los testimonios oficiales y a continuación los orales¹⁹.

¹⁹ Los testimonios escritos proceden de su *Expediente Personal* y los orales de entrevistas a personas que lo conocieron.

Testimonios escritos

Antonio Benítez, párroco de la de San Bartolomé, certifica en escrito de 26 de septiembre de 1910 “es un sacerdote dignísimo que tiene una conducta intachable y que usa constantemente el hábito talar y lleva tonsura abierta”. En parecidos términos refrenda lo anterior en escritos del 29 de abril de 1912, del 28 de abril del 14 y de 23 de julio del 15.

José Castro Díaz, cura regente de la misma parroquia, testifica en carta del 29 de octubre del 17: es “de buena vida, fama y costumbres, que viste traje talar y lleva corona abierta siendo por ello acreedor a la gracia que solicita”.

Él mismo en escrito de 6 noviembre de 1917 certifica que había tomado parte en todas las conferencias celebradas desde mayo. Dichas conferencias eran necesarias para conseguir dispensas Sinodales.

Guillermo Moreno Romero, Coadjutor de San Bartolomé, certifica el 27 de abril de 1920 que había asistido a las conferencias eclesiásticas y había tomado parte activa en ellas .

Antonio Torrero, cura ecónomo de San Bartolomé, da testimonio el 29 abril de 1925 de “la buena conducta y costumbres y viste constante el traje talar”. En parecidos términos lo había hecho en enero del 21.

Antonio Ramírez, párroco de San Bartolomé, afirma el 2 de mayo del 34: “viste siempre traje talar, asiste con asiduidad a los ministerios de su cargo y tiene en todo costumbres de buen sacerdote”

Testimonios orales

Hemos entrevistado a vecinas y amigos de don José. Algunos han preferido que silenciemos sus nombres y nosotros así lo hemos hecho. Pero todos los encuestados coinciden en que era una “bellísima persona”, humilde, sencillo, humano, caritativo, entregado a los demás, gracioso, dicharachero, afable, que se trataba con “chicos, medianos y grandes” y que era querido por todos sin distinción de clases, “un cura de pies a cabeza”. Para algunos es “el mejor cura que ha tenido Montoro”.

Nietas de Francisco Poblete Rodríguez²⁰

Francisco Poblete y Teodora González , su mujer, estaban enterrados en el cementerio civil. En el año 54 se mandó derribar la tapia que separaba el cementerio civil del católico. Un sacerdote montoreño consideraba una herejía que se juntaran católicos con civiles y dio las quejas para que los cadáveres de los no católicos no se sacaran del cementerio civil. Poblete hijo se lo comentó a M. Cobo y éste al padre Porcuna. Éste, al enterarse, exclamó “caray, caray que dejen eso, todos somos hijos de Dios”. Desconocemos las gestiones llevadas a cabo por don José, pero el asunto quedó resuelto y sus nietas aún hoy lo recuerdan agradecidas.

²⁰ Francisco Poblete Rodríguez, nacido en 1841, estaba bautizado, pero no era creyente y no bautizó a su hijo ni éste a sus hijas que son las entrevistadas. Poblete fue un gran -alarife montoreño que dirigió las obras de la Plaza de toros, las del Palacio del Marqués de la Fuensanta y las del puente del Arenoso entre otras.

Pedro Calleja Serrano²¹

“Era una bella persona y en tó lo que podía favorecer a cualquiera lo favorecía en lo que yo he visto delante de mí. Era un buen amigo mío, donde quiera que me viera me echaba el brazo por lo alto y me decía : “Calleja , vamos al trabajo a cumplir con la obligación”.

«Cuando llegaba una pareja pá casarse, o a bautizar a un hijo o tenía que enterrar a alguien, llegaban y le contaban las penas y lo hacía de balde, entonces no había dos perras gordas en Montoro. Iba a visitar a los enfermos y les llevaba lo que podía. Ese es el mejor padre cura que había aquí en Montoro. A su entierro fue tó Montoro, llevaba no menos de 7 capas, fueron mujeres más que hombres y hombres muchos, medio pueblo. Lo llevaron a hombros hasta el cementerio, tenían que hacer paradas, se pararon delante de la Iglesia de San Bartolomé pues como bajó por la calle Alta pasó por la Plaza y luego por la Corredera. Los chiquillos corrían para verlo con la cara que se le veía, se subían en los poyatos pá verlo. Me parece que cuando murió lo ascendieron. A todo el que le pregunte no puede hablar nada malo de él. No le gustaban la reuniones, bebía el vino y la copita de anís en el estanco de El Charco. Aquí tenía su poco de cachondeo (tertulia), no le gustaban las tabernas. Era una persona muy sencilla, se llevaba bien con todo el mundo y era muy bromista y chirigotero, cuando estaba de gracia se podía echar un rato con él».

Cuenta Pedro que cuando estaba en el Charco con algunos amigos, entre ellos Pedro, y veía venir a una señorita hacia la iglesia, decía: “allí viene, la pobretica le habrá robao algo al casero o al mulero y viene a que le perdone el Señor. A eso es a lo que viene, no viene a otra cosa que a confesarse del pecado que ha hecho”. Le echaba el brazo por lo alto y le decía: “¿qué, habéis tratado al casero bien, os habéis portado bien con él”?

Venga que te quite los pecados que habrás apañado con el casero”.

Eso añade Pedro se lo decía antes de confesarla, y “nos reíamos mucho con él porque tenía muy buena pata. Daba muchas bromas, nos contaba muchos chistes y nos reíamos mucho con él. Era muy campechano y muy bueno, tó lo que ha podio hacer bueno lo ha hecho por Montoro”.

Relata Pedro que cuando llovía, don José iba siempre sin paraguas y la gente le decía:

“D. José que se moja”. Y que le contestaba: “a cuántos curas has visto tú con paraguas, eso era antes. Los curas ni se meten en un bar ni llevan paraguas”.

Y continúa Pedro: “Era una persona muy normal, muy normal. En las noches de verano salía a tomar el fresco, se ponía pijama de rayas -parece que lo estoy viendo-, se sentaba en el portal y bromeaba con todos los vecinos . Hablaba en voz alta y toda la calle reía sus bromas y chascarrillos. Los vecinos lo querían mucho”.

Esas cosas tan sencillas y humanas eran las de don José, según nos cuenta Pedro. Un don José que siempre “iba con sotana y con el cogote pelao, no se

²¹ Pedro Calleja fue vecino de don José durante mucho tiempo. A pesar de sus 95 años, goza de una memoria privilegiada. En la entrevista también estuvo presente su hija que ratificaba lo que decía su padre.

quitaba la sotana nunca y al echar los pies de la serviguera salía con su sotana y que tras decir su misa volvía a su casa a eso de las once y se recogía”. Pedro lo recuerda bajando la calle las Morenas como si viniera de puntillas. Cuando pasaba alguien por la puerta lo saludaba:

-¿Don José?

- Aquí estamos, tú ¿adónde vas?

- Voy a un mandao.

- Pues hazlo pronto no sea que se te pegue el cocido.

Nos cuenta Pedro muchas más anécdotas que él recuerda del Padre Porcuna que ponen de manifiesto su gran corazón, su humanidad, su sencillez, su trato afable. En Montoro, en los años de la posguerra estaba racionada el agua, pero para don José, que era muy querido y respetado, no existían restricciones, pues el funcionario municipal que vigilaba el cumplimiento de las normas establecidas por el Ayuntamiento hacía la vista gorda y dejaba que su criada Juana Caballero llenara los cántaros de agua que quisiera en detrimento de otros vecinos que en algunas ocasiones se quedaban sin agua o al menos sin la que en realidad necesitaban. Cuando el padre Porcuna se daba cuenta le decía: “tú pá que acarreas tanta agua y otras no pueden coger ni un cántaro. Deja que cojan las demás.

Y cuando, alguna vecina discutía con Juana a causa del agua, le regañaba y le obligaba ceder un cántaro o dos de agua a la vecina: “Venga, Juana, dale un cántaro, tú para que traes tanta agua, a nosotros no nos hace falta tanta”.

“Cuando iba a trabajar al cementerio la gente le preguntaba-. ¿a dónde va usted tan temprano?

Y contestaba: “¡ea!, a ganarnos el pan”.

Le decían: “haga usted la fosa honda que le puede servir a usted”. Y respondía: “si Dios lo quiere, que así sea”.

Otras veces lo mandaban por agua o lo ocupaban en cosas sencillas para quitarlo del trabajo. Luego subían y bajaban de guasa con él. Nadie se metió con él.

Era muy querido como sacerdote, cuando había que confesar, pues resulta que en vez de confesar -que nos hacían confesar en la Aceitera Blanco, allí abajo- pues decía: yo me voy a don José que me confiese. Y algunos compañeros también subían. Y en la confesión nos decía: “Qué quieres que te confiese, si son penas las que me vas a decir, y esas las conozco yo, así que entras a la iglesia y a la Virgen que mejor voluntad le tengas le rezas un Padre Nuestro y un Ave María y si quieres rezarle algo más se lo rezas”.

Esa era la penitencia que nos ponía. Así que en la aceitera cuando nos decían:

- “Usted no vino a confesar aquí ayer».

- “Pero fui con don José que se lo pregunten”.

Lo llamaban

- “Pues, sí señor. Aquí han confesado fulano, zutano”.

Cuando no tenía que hacer ná se iba al estanco del Charco. Allí decía un disparate a uno, un disparate a otro. Vamos, a pesar de eso era una buena persona. Por eso, cuando empezó la guerra no le pasó ná. En tó la guerra le pasó ná. Y cuando vino, cogió otra vez su destino. Y cuando estaba trabajando en el cementerio, le

decían : “No haga usted eso, estése usted quieto, no haga usted ná usted no coja espuertas, usted pá cá y pá llá. Esto me lo decían a mí los compañeros. No se portaron con él malamente.

Después de aquello no sé dónde estuvo, se fue de Montoro, no lo vi más hasta que volvimos de la guerra otra vez”.

En cuanto a su talla cultural, así lo define Pedro: “Era una cosa corriente en eso de libros. Él se manejaba con pocos libros. No se metía a estudiar, nada más que lo suyo, lo suyo pá delante. No faltaba nunca a su hora a su trabajo”.

Sin embargo, pese a su sencillez era llamado todos los años como orador del Sermón del Paso. Ese sermón “que echaba en esa Plaza el Sermón del Paso que desde entonces no dicen un Sermón del Paso ahí. Aquello era un sermón del Paso verdad, explicando tó, tó lo que..., tó. Pero este Sermón del Paso que dicen ahora es más política que otra cosa... Siempre ha dicho el Sermón del Paso él desde que yo lo recuerdo hasta que se murió. Era un entusiasta y un enamorado de la Semana Santa de Montoro”.

Y concluye Pedro: “No comprendo cómo a este hombre no se le ha hecho un homenaje de cualquier tipo: ponerle una calle, hacerle una estatua lo que sea, pues se lo merece más que otros”.

Rosario y Angelita Román²²

La familia Román era muy amiga de don José. Tanto es así que cuando fue encarcelado encomendó a sus sobrinas a los cuidados de Julio. Con la familia estuvieron durante toda la Guerra corriendo la misma suerte que el resto de la familia Román. Es decir, evacuados de Montoro llegaron a Cardeña la noche del 22 de diciembre. Fueron alojados en su posada, luego en el cortijo Pingones (carretera Cardeña- Villanueva). Por cierto en este cortijo Anita perdió unas alhajas que le había regalado su tía Dolores. Regresaron a Montoro cuando se enteraron que había sido tomado por las tropas de Franco. A su regreso pasaron el resto de la guerra en casa de Julio que fue nombrado Alcalde.

Nos cuenta Angelita una anécdota de don José. Un día de los Inocentes fue don José a la Alcaparra a decir misa. El Conde de Casillas que era muy guasón invitó a don José a una copita de anís, pero en lugar de anís le echó agua de carabaña. A la Alcaparra iba todos los domingos a decir misa. Unas veces venía el coche del Conde a recogerlo, pero otras cruzaba el barco Manolón e iba a pie.

Nos relata también que cuando don José estaba en el cementerio trabajando, salían a esperarlo Angelita y su sobrina Ana, llegaba sudando, se lavaba y se marchaba a la casa de Julio con quien mantenía prolongadas tertulias. A esta misma casa -a pesar de ser muy comprometido tanto para don José, como para la familia Román, como para los propios visitantes- acudían algunos de sus fieles para recibir el consuelo espiritual y los sacramentos de la Confesión y de la Comunión.

²² Hijas de Julio Román Chaquaceda, Alcalde de Montoro desde principio del 37 hasta el 5, de septiembre del 38. Julio sucedió a Eugenio Veredas y fue reemplazado por Serafín Aguilar Tablada. La familia Román vivía dos casas por debajo de la de don José y se consideraban de la familia. Aún hoy conservan esta amistad con sus sobrinas.

Pedro Sánchez Criado, esposo de Rosario que estuvo presente en la entrevista, nos explicó que él vivía siendo niño en casa de sus abuelos en el Castillito y que llevaba todos los días la correspondencia que traía su abuelo, Juan Martín Criado Leal, para don José. Éste siempre bromeaba con el muchacho, siempre le llamaba Juan Martín en lugar de Pedro para “hacerme rabiar y reírse con mis contestaciones de chiquillo. Era un derroche de simpatía, de chirigotas. Lo recuerdo con mucho cariño” También nos refirió que era muy amigo de Sebastián Romero Vivas, padre de Francisco Romero Coca, y de Antonio Luna García. Durante un tiempo se reunían en casa de Julio Román con sus compañeros Antonio Alacín y Antonio Moreno, éste en la rebotica de la farmacia de Roque Cano en presencia del mancebo Antonio Abril Claro. También mantenía tertulias en el estanco de El Charco con Benito el estanquero y con otros amigos.

Juana Soriano Moreno

A la madre de Juana la habían acusado de colaborar con los yanquis porque les había proporcionado alimentos. En realidad, ella que vivía con sus hijos en la finca de Xituero, había sido obligada al igual que otros moradores de otros cortijos de la sierra montoreña. Pues bien, el asunto llegó hasta el Juzgado. A petición de Juana intervino don José en el asunto. Se personó en el Juzgado y expuso el caso. El Juez exclamó: “Si viene con don José no puede ser como dicen” y archivó la denuncia.

Antonia de los Ríos Tienda

Antonia era hija de Antonia Tienda Trujillo, prima segunda de don José. Nos cuenta que su tío fue como un padre para ella y para sus siete hermanos: Flora, Anita, Ramiro, Carmen, José, Manuel e Higinio. Al empezar la guerra Antonia pasaba una temporada en Montoro, por lo que vivió los momentos más amargos de su vida. Recuerda a su tío, cuando venía del cementerio sudoroso con el «taleguillo» de la comida; en la cárcel de Montoro, cuando iba a llevarle la comida. “Pero jamás dijo ninguna palabra en contra de sus verdugos”. “Mi tío temía por su vida, por mí y por mi hermana. Así que le suplicaba a Julio Román: «Julio, por Dios, lo que sea de ustedes que sea de mis sobrinas”.

Antonia, al finalizar la guerra, estuvo varios años en Baena y luego regresó con su tío a Montoro. Con él estuvo hasta los años 50 que marchó a Málaga. Al entierro de su tío no pudo venir ninguna de las hermanas, pues una de ellas estaba siendo intervenida quirúrgicamente. Poco tiempo después vinieron a Montoro con la intención de trasladar los restos de su tío al panteón familiar de Baena donde reposan los restos de sus padres y de sus dos hermanas. No recuerda cuáles fueron los motivos por los que cambiaron de opinión.

Su tío, según Antonia, a las siete de la mañana decía misa. Regresaba sobre las once a casa donde permanecía hasta la hora del Rosario. Al acabar el Rosario, volvía a casa y sólo se ausentaba cuando era avisado para asistir a algún enfermo.

Ésta fue la descripción que nos hizo de su tío: “Físicamente era alto, fuerte, siempre tenía muy buen color, alegre muy alegre, muy divertido, el que estaba a su lado tenía risa para todo el día entero, muy humano, no tenía nada suyo. Hacía muchas obras de caridad, al que podía socorrer lo socorría, eran otros tiempos y

nadie tenía una peseta incluido el cura pero a cuántas niñas huérfanas del Colegio de las monjas vi yo socorrer y a cuántos pobres darles una limosna. Visitaba a los enfermos ... Era bueno, bueno, bueno”

Algunos refranes o dichos atribuidos a don José

Los dichos o refranes eran algo habitual e inherente en un don José que ante todo era un hombre con los pies en la tierra que observaba lo cotidiano bajo una clave de humor: a cualquier situación le buscaba la parte graciosa. Eso sí, que nadie infringiera los principios religiosos o morales porque entonces desaparecía el don José alegre, chistoso, bromista, dicharachero y bonachón y afloraba el don José que con energía, seriedad y firmeza dejaba bien claro cuáles eran las pautas y preceptos que marcan los cánones cristianos. A continuación, los más usuales

- “Estoy hasta los pelos de casar a tres”.

-“Cuando viene un invitado a casa se pasa muy bien, se gasta más pero se come mejor”

- Si la falda era corta y se tiraba de ella para ocultar lo que la falta de ropa enseñaba, decía: “Niña, niña que no se trata de tirar, sino de añadir”.

-“Haced lo que os digo y no haced lo que yo hago”.

-“El compadre de Santa Ana de beber agua enfermó, y el de Santiago le decía: Bebe vino y agua no”.

-A la romería de las Veleras “asisten gente devota y de bota gente”.

- Los sermones largos no mueven conciencias, lo que mueven son los glúteos”.

- En algunos desfiles procesionales “corre el jervor, que no el fervor”.

Solía emplear muy a menudo el refrán: El tabaco de V / baldivia, dijo el /un cura de/en Montoro, ese sí que es un buen tabaco, el del estanco un robo”.

Muchos montoreños lo atribuyen a la mente creativa de don José, pero creemos que no es invención suya, sino de Fernando José López de Cárdenas²³.

Reconocimiento oficial del Ayuntamiento de Montoro

Las autoridades municipales contagiadas por el sentir del pueblo decidieron reconocer oficialmente su labor. El Alcalde Ángel Medina Coronado convoca Ple-

²³ Vid. Lucena Llamas, José. *Escritores montoreños* Montoro, 1995, p. 112. Capitulares correspondientes a los años 54-59 y no he encontrado ninguna referencia a dicha comisión. Tampoco hay constancia de que se celebrara ningún acto en su honor. Sin embargo, en la primera sesión celebrada después de su muerte, el 28 de marzo del 57, se hace constar en acta el pesar de la Corporación por su fallecimiento y se acuerda sufragar los gastos originados por él mismo. A continuación transcribo el acuerdo:

“Dada cuenta por el Sr. Alcalde del fallecimiento de don José Porcuna Lozano, (...) que ha producido verdadero y hondo sentimiento en la población por las relevantes condiciones que adornaban al finado, se acordó por unanimidad se hiciera constar en acta el sentimiento de la Corporación por dicho fallecimiento, disponiéndose que cuantos gastos se hayan originado por dicha muerte corran a cargo del municipio con cargo al capítulo de imprevistos del presupuesto municipal del ejercicio”

no para el 12 de diciembre del 56 -don José murió el 19- en el que entre otros puntos del día incluyó la propuesta de homenaje al Padre Porcuna. En dicho Pleno se acuerda nombrarlo **Hijo Adoptivo** y organizar actos públicos en su honor. A continuación transcribo copia literal de dicho acuerdo.

“A petición de la comisión de honor y ejecutiva del homenaje que se proyecta al Presbítero Don José Porcuna Lozano, a quien el pueblo de Montoro tiene contraída deuda de gratitud por su labor y servicios que en el orden espiritual tiene prestados en esta Noble Ciudad, (...) el Ilustre Ayuntamiento Pleno, interpretando el unánime sentir de vecinos y en estrecha vinculación de amor a este benemérito Religioso, no solo se limita a otorgar, el Título de **Hijo Adoptivo**, (...) sino que también acuerda poner a tributo de los actos organizados en su honor cuantos medios precise la Comisión referida para el mayor esplendor de aquéllos”.

Desconozco cuáles fueron las gestiones llevadas a cabo por la Comisión de Honor a la que hace referencia el documento y quiénes eran sus miembros. He rastreado las Actas Capitulares correspondientes a los años 54-59 y no he encontrado ninguna referencia a dicha comisión. Tampoco hay constancia de que se celebrara ningún acto en su honor. Sin embargo, en la primera sesión celebrada después de su muerte, el 28 de marzo del 57, se hace constar en acta el pesar de la Corporación por su fallecimiento y se acuerda sufragar los gastos originados por el mismo. A continuación transcribo el acuerdo:

“Dada cuenta por el Sr. Alcalde del fallecimiento de don José Porcuna Lozano, (...) que ha producido verdadero y hondo sentimiento en la población por las relevantes condiciones que adornaban al finado, se acordó por unanimidad se hiciera constar en acta el sentimiento de la Corporación por dicho fallecimiento, disponiéndose que cuantos gastos se hayan originado por dicha muerte corran a cargo del municipio con cargo al capítulo de imprevistos del presupuesto municipal del ejercicio”.

Todo lo anteriormente expuesto lo recordamos hoy cuarenta años después de su muerte e, inevitablemente, me pregunto: ¿Qué actuaciones llevó a cabo la Comisión pro homenaje citada en la sesión en que fue nombrado “Hijo Adoptivo”? Al parecer ninguna, o al menos no las necesarias para que el homenaje anunciado se concretara.

Desde este foro solicitamos a las autoridades locales que accedan a lo que creemos que en justicia le corresponde. Hay que tener en cuenta que existe el precedente de Sor Josefa Aítola, quien dedicara gran parte de su vida a cuidar a los enfermos del Hospital de Jesús Nazareno del que como ya se ha dicho fue Capellán el padre Porcuna. Esta santa mujer murió en el 66, diez años después que don José, y tras declararla “Hija Adoptiva”, el Ayuntamiento rotuló una calle con su nombre. Así pues, aunque sólo sea por agravio comparativo, es acreedor a que una de las calles montoreñas se llame “Padre José Porcuna”.

Es justo y honroso que los pueblos cultos y agradecidos patenticen de alguna forma la admiración, el cariño y el respeto que le producen personas como don José. Es por lo que sugiero que hagamos gala de pueblo agradecido patentizando esa admiración y sugiero respeto hacia su persona que todavía late en los corazones de quienes lo conocieron.

Creemos que diciembre de este año es la fecha adecuada, - el 19 se cumple el cuarenta aniversario de su muerte - para que se celebre el anunciado y merecido homenaje a don José Porcuna Lozano, un cura sencillo de pueblo que nació en Baena y eligió Montoro para quedarse.

Nota: Mi agradecimiento a Manuel Nieto Cumplido, a Manuel Moreno Valero, a Manuel Pérez Moya, a Manuel Aguilar Benítez, a Diego Medina Criado, a Bartolomé Ruiz, a Manuel Cachinero y, en general, a todos los entrevistados.



Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales



Diputación de Córdoba